

Éric Marty

**El sexo
de los Modernos**

**Pensamiento de lo Neutro
y teoría del género**



BORDES MANANTIAL

El sexo de los Modernos

Éric Marty

El sexo de los Modernos

Pensamiento de lo Neutro
y teoría del género

Traducción de Horacio Pons

MANANTIAL
Buenos Aires

Título original

Le sexe des Modernes. Pensée du Neutre et théorie du genre

© Éditions du Seuil, 2021

Exergo: René Char, "A la salud de la serpiente", en *Furor y misterio*.

© Visor, 2002.

Pág. 359, Michel Foucault, "La filosofía analítica de la política",
en *Estética, ética y hermenéutica: obras esenciales*. © Paidós, 1999.

© Université de Paris, París, 2021



Cet ouvrage a bénéficié du soutien du Programme d'aide à la publication de l'Institut français.

Este libro cuenta con el apoyo de los Programas de ayuda del Institut français.

Marty, Éric

El sexo de los modernos : pensamiento de lo Neutro y teoría del género / Éric Marty. -

1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Manantial, 2022.

512 p. ; 23 x 16 cm. - (Bordes)

Traducción de: Horacio Pons.

ISBN 978-987-500-235-7

1. Estudios de Género. I. Pons, Horacio, trad. II. Título.

CDD 306.7

© Ediciones Manantial, 2022, de esta edición y de la traducción al castellano.

Av. de Mayo 1365, 6to piso

(1085) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54-11) 4383-7350

info@emanantial.com.ar

www.emanantial.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en la Argentina en marzo de 2022.

Derechos reservados.

Prohibida la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler,
la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por
cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización
u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción
está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Índice

PRÓLOGO

PRIMERA PARTE

Lo Neutro/el género: una cuestión de método

CAPÍTULO 1

Orden simbólico y campo social

El “género”: Barthes, Lacan, Butler
Formalismo/sociologismo/romanticismo
Neutro y “neutral”
Sentido y sociedad
Gayle Rubin, otra historia
Bourdieu
El punto de convergencia

CAPÍTULO 2

Historia de un concepto: el performativo

I. Pragmática y estructura

Historia de las ideas/historia de palabras
Benveniste

II. El performativo con Lacan

El Otro
Forclusión y censura
Uso foucaultiano de Lacan
El uso metateórico del performativo

III. El performativo con Althusser

La interpelación
El Otro, de nuevo
La ruptura althusseriana

IV. El performativo y Derrida

Derrida en los Estados Unidos
La escritura, la diferencia
Uso butleriano de Derrida
Perverformativo

V. Foucault y el performativo

El positivista feliz

Positivismo y estructuralismo

El performativo

Performativo y parresia

Butler y Foucault

Pequeña conclusión

CAPÍTULO 3

La resignificación

Mecánica del performativo

Funcionamiento de la resignificación

Sartre y el "Ladrón"

¿Qué es un ejemplo teórico?

Sartre leído por Lacan

Las conclusiones y los impasses butlerianos

SEGUNDA PARTE

El sexo travestido

Introducción

CAPÍTULO 1

Drag queen y travesti oriental

El travesti como método

El uso del drag

El travesti como imagen

El travesti como escritura

Lo masculino y lo femenino

Lo Neutro como desexualización

Barthes, Deleuze, Foucault

CAPÍTULO 2

Las invenciones de Divine

La mujer y el Falo

La mujer y el travesti

Divine

El travesti como simulación

El barroco

Travesti y heterosexualidad

Sartre y Divine

La duplicidad del sexo

El culto fálico

Derrida lector de Genet

El retorno de la mujer en el juego del travesti

Derrida y Lacan

CAPITULO 3

Judith y Octavia

El otro travesti

El travesti lesbiano

Falo lesbiano y feminismo

Falo lesbiano/falo lacaniano

Complejidad del falo lesbiano

El falo lesbiano como mediación

La muerte del travesti

La melancolía

TERCERA PARTE

El sujeto de lo Neutro

INTRODUCCIÓN

La invención de lo Neutro

CAPÍTULO 1

Neutro y perversión

De la impotencia a la perversión

El sujeto

Perverso y perversión

Lo Neutro, la castración, Lacan

El relato lacaniano

El relato deleuziano

El relato barthesiano

No hay relación sexual...

El fétiche

Lo Neutro, la muerte: Deleuze

Lo Neutro, la muerte: Barthes

El huevo deleuziano

De la sonrisa del andrógino al incesto

El juego del incesto

CAPÍTULO 2

Derrida y la ley del incesto

El lugar de Jacques Derrida

El otro discurso

El himen

La ley del género: la invaginación

La ley del género: la ley

Derrida, la posmodernidad

Derrida, la ley, el vacío

Derrida por Butler

Geschlecht

CUARTA PARTE

Michel Foucault, el poseuropeo.

La Ley, la norma, el género

CAPÍTULO 1

Genealogía de una ruptura

Michel Foucault más que Derrida

La cuestión de la literatura

El adiós a lo Neutro

Del loco al psiquiatra

La inquietud deleuziana

CAPÍTULO 2

1976: La voluntad de saber

La voluntad de saber, libro problemático

El objetivo

La "teoría" como ideología

El tabú del incesto

Las dos vertientes de la Modernidad

CAPÍTULO 3

Muerte y vida

La muerte

Historicidad de la muerte

La vida, el biopoder

Canguilhem

Contra el orden simbólico

Lo político

Foucault, neoliberal

Lo real sin ley

CAPÍTULO 4

La cuestión sexual

Las confesiones de la carne

El S/M, el queer

La comunidad monosexual

La desexualización contra los Modernos

La desexualización y lo Neutro

Sexo y escritura

EPÍLOGO

El verdadero sexo

El hermafrodita

Herculine, Alexina, Abel y Judith

Foucault y lo monosexual

Butler y los [gender](#)

La raza

Lo trans

Concluir con Butler y sin ella

Lo que viene al mundo para no perturbar nada no merece ni consideración ni paciencia.
RENÉ CHAR

A Claudie, personaje de mi novela *La Fille*

Prólogo

El género (*gender*) es el último gran mensaje ideológico de Occidente enviado al resto del mundo. Como en la mayor parte de los anteriores, su origen conceptual y abstracto no fue un obstáculo para su triunfo en gran parte del planeta, y el hecho de tropezar con una creencia aparentemente fundacional, una *Ur-doxa*, sobre el carácter natural de la diferencia de los sexos no impidió que ese mensaje tuviera aquí o allá fuerza de ley, instaurara nuevas reglas morales, se convirtiera en una norma gerencial para las grandes empresas internacionales e incluso modificara las lenguas, no solo mediante el surgimiento de un nuevo vocabulario (*cisgénero*, *genderfluid*) y abundante cantidad de siglas (LGBT+, MTF), sino de un nuevo régimen de articulación de la expresión con la escritura y las palabras inclusivas. Las resistencias a este proceso, a veces violentas y llenas de pánico, no deben subestimarse, al igual que la permanencia –aun en terrenos donde parece reinar la ideología del género– de actitudes, comportamientos y reflejos en apariencia inextirpables que siempre dan preferencia a una visión sometida no solo al carácter natural de los sexos, sino a una jerarquía de género o a normas sexuales discriminatorias.

La exploración de este nuevo estado del mundo no está hoy al alcance de nadie. Supone aún un sentimiento intuitivo del clima ideológico ambiente amenazado por no pocos contraejemplos, que podrían incluso desinflarlo cruelmente. Lo que sí nos está permitido, en cambio, es pensar qué quiere decir el *género*, y ello en su doble dimensión: su dimensión ideológica de nueva evidencia universal y su dimensión conceptual de herramienta epistemológica, es decir de instrumento que despliega lo real conforme a cierto método, a través de ciertos significantes, a partir de ciertos sitios de pensamiento. Esa es la ambición de este libro.

¿Por qué titularlo *El sexo de los Modernos: pensamiento de lo Neutro y teoría del género*? El título responde a la ambigüedad misma de la cosa, la

ambigüedad del género. Y ante todo en su vínculo con la cosa sexual. Significaría en verdad caer en una simpleza excesiva pensar que la noción de género, al aprehender el sexo como construcción social, reduce su poder, aunque solo sea porque en esa deconstrucción participa activamente la *orientación sexual* de los individuos. Así como sería ingenuo pensar que esta divergencia entre el llamado sexo natural y las identidades de género no pertenece a la historia general de la propia diferencia sexual. Una ingenuidad creer que la noción de género, con el pretexto de que pone en entredicho el carácter natural de la diferencia sexual, no es más que un avatar entre otros de la odisea de esa diferencia, en cuanto habla a la especie humana y no deja de contarle, desde los tiempos más remotos, historias – extraordinarias– que, de paso, constituyen a nuestra especie en cuanto está compuesta, debido a ello, de sujetos hablantes y sujetos sexuados. Además, ¿cómo jugaríamos con el género si no existiera, para gobernarnos, el movimiento permanente –y dotado de una historia– de una diferencia inalienable? En cierto modo, a través de la agitación planetaria contemporánea alrededor del género, a través de las disputas, los *hashtags* y los axiomas, sigue siendo ella la que habla en nosotros.

Pero hay otra ambigüedad más concreta del género que explica la segunda parte del título: *pensamiento de lo Neutro y teoría del género*. Al definir el género como el último mensaje ideológico de Occidente, hemos dejado en puntos suspensivos el lugar de un calificativo. En efecto, contrariamente a las grandes invenciones teóricas precedentes, que en muchos casos eran europeas, el *gender* es sin duda una invención americana que atestigua a la vez la hibridación de las culturas y los pensamientos universalizados y el carácter profundamente nacional de los discursos que los vehiculan. Una de las lecciones que he sacado de la escritura de este libro es que era precisamente en razón inversa de una presunta influencia francesa de la tan mal llamada *French theory* que el discurso de los *gender* podía percibirse asimismo como la expresión más evidente de la ideología americana. Uno de los motivos por los cuales la mayoría de las citas procedentes de los *gender studies* adoptan en este libro una presentación bilingüe obedece así a que una parte determinante de sus mensajes es indisociable del inglés, el de los Estados Unidos, lo cual plantea una paradoja adicional –que será preciso resolver–, a saber, que si los *gender* ocupan las mentes, las instituciones, los

mensajes publicitarios, las comunicaciones académicas, lo hacen manteniendo a la vez una parte de intraducibilidad.

La empresa de este libro consiste pues en desenredar con paciencia el entrelazamiento de los discursos, los significantes y las referencias que mantienen en pie la noción tan compleja de género. Para ello, me pareció esencial proceder ante todo a una suerte de confrontación de la aventura de los *gender* con la biblioteca francesa que había constituido sus condiciones de posibilidad, lo que llamaremos en un primer momento la Modernidad, es decir la generación que, desde mediados de la década de 1950 hasta los años ochenta, participó en la aventura estructuralista y posestructuralista, y lo que llamaremos en un segundo momento, de manera más limitada, el pensamiento de lo Neutro.

Lo esencial de nuestra reflexión sobre el género se apoya en la obra de Judith Butler, aun cuando se haga en la medida de lo posible referencia a otros actores de esa historia, como John Money, Robert J. Stoller, Gayle Rubin, Esther Newton, Gayatri Spivak, Kaja Silverman, bell hooks, etc., con contadas incursiones en el dominio francés. La elección de Judith Butler obedece a la gran unidad de su dispositivo de pensamiento, pero también al hecho de que ha introducido en la cuestión del género herramientas convertidas luego en clichés, conceptos *ready-made* o comodines de los *gender*, como la performatividad del género, la resignificación, la *agency*, y a que apartó los *gender* de los tópicos de la tradición contestataria de los campus americanos por medio de una nueva reflexión sobre el poder y los procesos de dominación, permitida gracias a una adaptación de las reflexiones de Foucault al contexto americano. Por último, las referencias permanentes de Butler al corpus teórico francés hacían de ella la socia ideal para el otro camino que queríamos tomar, e ir así lo más lejos posible en nuestra aprehensión de la aventura del género.

Todo comienza ahí. Y todo comienza con una paradoja fecunda. ¿Por qué decidió Butler sostener un pensamiento del género esencialmente sociológico o psicosociológico, nutrido de pragmática y filosofía analítica, mediante un imponente arsenal teórico profundamente diferente, cuando no antagónico, y que en la Francia de la década de 1970 recibió el nombre de *la Teoría*? ¿Qué quiso decir esa transferencia cultural, teórica, que fue también una transferencia de significantes, puesto que, con Derrida, Lacan o Deleuze, la *Teoría* había promovido en gran medida una lengua en extremo

singular, barroca, potente? Era eso, pues, lo que había que comprender ante todo, porque una transferencia nunca se efectúa sin daños, sin desfiguración, sin pérdidas ni sin razones... Ese inmenso rodeo por Europa dado por Butler para construir su concepto debía representar para nosotros no solo la oportunidad de seguir, como una peregrinación llena de etapas desconcertantes entre Berkeley y París, su muy singular epopeya intelectual, sino también de reconstruir la historia de esa *Teoría*, objeto de aquella transferencia: efectuar, pues, lo que en psicoanálisis se llama una contratransferencia. Y retomarlo todo desde el inicio, metódicamente: Lacan, Althusser, Bourdieu, Derrida, Foucault... e incluso aquellos de quienes ella no hablaba o hablaba poco: Deleuze y Barthes, hasta encontrar en Sartre –el Sartre del gran dinamitero del género, Jean Genet– otro de esos nombres que rondan en silencio por los caminos tomados por Butler para recolectar espigas de pensamiento, sin contar a Claude Lévi-Strauss, porque se descubrirá por todos lados la importancia de la cuestión del incesto y su prohibición en la puesta en entredicho del orden de los lugares sexuales, sobre el cual vela el patriarcado. Como el lector habrá comprendido, este libro es tanto la historia de un concepto americano (*gender*) como una microhistoria del pensamiento francés a través de algunos nombres que se han citado. Por eso es un libro tan extenso: atraviesa dos continentes y casi cincuenta años de historia.

Nuestra tarea consistió pues en aclarar el fondo teórico extraordinariamente abigarrado del pensamiento de Butler y a la vez, y de manera recíproca, en abrir su historia a otra historia e incluso a una contrahistoria, que intenta responder a la pregunta: ¿qué hicieron los Modernos?

Ese es el segundo hilo de este libro. El pensamiento de lo Neutro. Lo que en la modernidad se invistió específicamente en una aventura muy próxima a los *gender* y que es muy opuesta a ellos, la de una deconstrucción radical del dispositivo de la sexualidad, bajo la figura de lo Neutro. ¿Qué mejor concepto, en efecto, que el de lo Neutro para desbaratar la oposición de lo masculino y lo femenino, ya se la llame *grado cero* con Barthes, *extraser* con Deleuze o *diferancia* con Derrida?

Toda la segunda parte, titulada “El sexo travestido”, está constituida en primer lugar por un (imposible) diálogo entre la *drag queen* butleriana y el travesti barthesiano o deleuziano, y luego por una aventura particular, la

gran aventura de Divine, la Divine de Butler y sobre todo la Divine de Genet, leída por Sartre, leída por Derrida, una Divine a quien asedia la sombra determinante de Lacan, luminoso pensador de lo que asocia y disocia a la “mujer” y el travesti, y para terminar, por el surgimiento de una figura que, a través de Butler, se ha llamado el *travesti lesbiano*. Travestirse es sin duda el primer gesto para experimentar el trabajo infinito o, mejor, jamás terminado, de las duplicidades del sexo como simulacro, donde se revelará además que, por el hecho de ser este un simulacro –es decir, por estar sometido a las leyes más locas de la *representación*–, la cuestión del género es en efecto una cuestión pertinente. El travesti, el cuerpo o el sexo travestido, será pues la ocasión de un cara a cara entre el pensamiento de lo Neutro y la teoría del género.

Algo así dialoga y al mismo tiempo diverge entre la Modernidad francesa y los *gender*. La tercera parte de este libro se toma su tiempo para explorar por sí misma el pensamiento de lo Neutro, es decir, en esencia, los grandes corpus constituidos por las obras de Barthes, Deleuze y Jacques Derrida, en dos dimensiones. La de su propia inventiva teórica, así como de su dependencia ambigua respecto del pensamiento lacaniano, pero también la de su imaginario, que justifica que a su respecto pueda hablarse de obras. Lacan es por tanto el falo, la castración, el incesto, la ley, el objeto *a*, pero todos estos conceptos extraordinariamente potentes son también desafíos para la escritura, es decir el trabajo de una singularidad que apunta a dar una señal, una señal que implique el cuerpo sexuado. Y lo que mejor distingue a los Modernos de los *gender*, y de Judith Butler en particular, es que en los primeros el pensamiento es ante todo *una escritura*. Pero no es ese el único desfase porque, en esta tercera parte titulada “El sujeto de lo Neutro”, entraremos de lleno en lo que ahora nuestras *sociedades del miedo* parecen ver como lo que hay que conjurar a toda costa: la perversión. ¿Por qué el pensamiento de lo Neutro hizo de la perversión el camino real para deconstruir las normas dominantes en la cuestión sexual? Pensar esta categoría no es solo un trabajo de historiador de las ideas, sino un trabajo crítico que incumbe a nuestro presente y el surgimiento de una nueva moral dominante, que proviene –última paradoja– del activismo LGBT en sus versiones más recientes: vigilar y castigar.

Si la genealogía que liga la Modernidad a los *gender* es tan compleja, es porque desde el comienzo hubo en ella una aguda conciencia de su

historicidad, vale decir el imperativo de no dejar jamás que su discurso se congelara en una tradición o, para retomar las palabras de Foucault, el imperativo de desprenderse sin cesar de sí misma. Los Modernos asumieron en mayor o menor medida ese imperativo, y algunas de sus rupturas se desarrollaron a veces como noches del 4 de agosto:¹ abandonar algunos oropeles para mejor perseverar en su ser. Ahora bien, me pareció que, entre ellos, uno solo había tomado realmente en serio esa revocabilidad inherente a la Modernidad que había sido en cierto modo el primer artículo del contrato suscrito por ella con la historia: Michel Foucault. Por eso titulé así la cuarta y última parte de este libro: “Michel Foucault, el poseuropeo: la ley, la norma, el género”. Toda una parte, entonces, para explorar un acto de pensamiento muy profundo, al que pretende basar en una ruptura histórica fundamental: la idea de que pasamos o ya hemos pasado de una sociedad fundada en la Ley a una sociedad de la norma. Tal vez todo esté ahí, en ese diagnóstico cuya ambigüedad obedece al hecho de ser igualmente un deseo y un imperativo, un gesto que se exhibe como una ruptura violenta con sus contemporáneos, todavía “demasiado europeos” en el sentido de Nietzsche, prisioneros de un anacronismo de estructura en que la ley –la ley de la diferencia sexual– ha seguido siendo su guardiana intratable detrás de sus inevitables complacencias.

Este juego de sustituciones, en apariencia muy elemental, entre la ley y la norma, puede verse entonces como el acto que hace concebible la expansión ilimitada de los *gender*. Solo concebible. Y por eso es menester cuestionar, interrogar y explorar por extenso al último Foucault para comprender mejor lo que se juega en ese poseuropeísmo foucaultiano y en la confrontación con la ley que la cuestión sexual torna aún más tópica. Comprender lo que hay de necesario y lo que se suma como excedente.

El epílogo del libro cuenta ese excedente. Las últimas páginas se abren con la empresa de liquidación minuciosa, metódica y resuelta de Foucault por Judith Butler, en torno del caso de Herculine Barbin, el caso de un hermafrodita. Ese es el punto de partida de una reflexión final sobre los *gender* y sobre la propia Butler. Al querer hacer que Foucault aparezca como obsoleto con respecto a su propio pensamiento, esta completa su largo rodeo por Europa, una Europa que terminó por ir hacia ella. El hecho de que la dificultad que Butler ubica en la herencia de Foucault sea el hermafrodita tiene series consecuencias, sobre todo porque con esta última figura se abre

un nuevo cuestionamiento cuya piedra del escándalo era el punto ciego y persistente del hermafrodita foucaultiano: se lo llama transexual, transgénero o más justamente *trans*, convertido en la nueva figura polémica pero aparentemente insuperable de los LGBT+.

Algo se interrumpe, como sucede cada vez que un pensamiento ve, en lo *nuevo* a lo que aspiraba con locura, la vuelta del espectro de lo que había creído conjurar. El espectro del “verdadero sexo”, el espectro de la disputa entre sexo y verdad, disputa entre sexo como órgano y sexo como identidad, como imagen y como real, que el fenómeno *trans* resucita.

Y de tal modo, el sexo regresa hoy bajo la forma de un espectro, incluso el espectro más insistente de nuestra humanidad contemporánea, suscitador de las vocaciones de los nuevos Hamlet, cuyo *to be or not to be* adopta la forma de una imprevisible y legítima cantinela planetaria: ¿de qué sexo soy? *That is the question.*

1. Alusión a la noche del 4 de agosto de 1789, cuando la Asamblea Nacional Constituyente de Francia votó la abolición de los privilegios feudales. (*N. del T.*)

PRIMERA PARTE

Lo Neutro/el género: una cuestión de método

CAPÍTULO 1

Orden simbólico y campo social

El “género”: Barthes, Lacan, Butler

El concepto de *género*, tal como se lo conoce en nuestros días a partir de los trabajos de Judith Butler que lo popularizaron en la década de 1990, aparece ya bastante pronto en los escritos de Roland Barthes. Por ejemplo, con el título del primer artículo dedicado en 1967 a *Sarrasine* de Balzac, “Masculin, féminin, neutre”,¹ donde las identidades sexuales se recalifican en términos de género y lo Neutro es un espacio de desorden del paradigma institucional de los sexos: lo que Barthes llama la “díada biológica”² en el curso sobre *Sarrasine* que dicta ese mismo año. Ese relato, cuyo principal personaje es la Zambinella, castrado del siglo XVIII, diva de la ópera italiana bajo el control del Vaticano, es de tal modo uno de los primeros volúmenes de la biblioteca donde comienza la aventura moderna del género.

En ese mismo curso, además, Barthes utiliza el término “género” en un sentido muy próximo al conocido hoy en día, por ejemplo en la clase del 10 de enero de 1969, cuando dice: “Se denota sin cesar el carácter *escurridizo*, *excéntrico* de Zambinella con respecto al género ‘hombre’ [...]. La castración *perturba*, desmiente la clasificación sexual hombre/mujer”.³

El título del más célebre de los libros de Judith Butler —*El género en disputa* (*Gender Trouble*)—⁴ aparece así, literalmente parafraseado, veinte años antes, en la última frase del comentario de Barthes: “La castración *perturba*, desmiente la clasificación sexual hombre/mujer”. Esa función activa de la “perturbación” introducida por la castración está igualmente presente en *S/Z* (1970), que promueve a la Zambinella a la condición de héroe de lo Neutro. Con este personaje conceptual, el *castrado*, el castrado cantante, Barthes teoriza la borrada del modelo biológico de los sexos en provecho de otra aprehensión de la diferencia sexual, a saber, su estructura simbólica, y

confiere a la *castración* un poder contagioso de diseminación de las identidades sexuadas. Así, directamente o no, el término “género”, la expresión “perturbación en el género”, como cuestionamiento de las identidades sexuales, biológicas, históricas, culturales, sociales, simbólicas, surgen en Francia ya a mediados de la década de 1960. Los introduce el pensamiento de lo Neutro contenido en una temática de la castración, recurrente en ese momento tanto en los escritos de Barthes como en los de Gilles Deleuze, conforme a una relación retorcida con la teoría lacaniana, tal como sucederá un poco más adelante con Jacques Derrida.

Sin embargo, ese surgimiento no equivale a una anticipación, y sería imprudente deducir de la presencia de la palabra “género” en el corpus moderno que el pensamiento de lo Neutro anuncia el *gender*, el discurso *queer* o el movimiento LGBT. Hay en efecto *dos* perturbaciones en el género. Si, con Butler, la perturbación se despliega en el campo de las interacciones sociales a partir de los espacios sociales minoritarios, y la autora hace del concepto de género una noción “derivada de la sociología”,⁵ en Barthes la perturbación se produce a partir del orden de las representaciones simbólicas de los sexos. “La castración aporta la perturbación”,⁶ repetirá Barthes en *S/Z*: instauro una migración en espiral de lo masculino, lo femenino y lo neutro, y lo hace en el único espacio homogéneo “dentro del cual nadie miente”,⁷ el orden simbólico.

Las vecindades conceptuales de una época a otra disimulan discontinuidades. Es preciso mantenerse fiel a la noción de “corte epistemológico” tomada de Bachelard por Louis Althusser y retomada a su manera por Michel Foucault, sobre todo en *Las palabras y las cosas*. Prestaremos menos atención a las aparentes contigüidades de los discursos – como nos incita a hacerlo la vulgata contemporánea sobre la *French theory* desde hace unos treinta años– que a la agitada genealogía que construye y deconstruye sin cesar la historia de las ideas. Lo que separa a Barthes de Butler en su uso de la palabra “género” no obedece únicamente a una diferencia epistemológica (simbólica/*socius*), sino también al hecho de que en Barthes el término nunca aparece como un significante teórico mayor, es decir que no cumple jamás en él una función de referencia o de divisor. Función que, al contrario, el término *gender* asume de manera evidente en Butler, al extremo de servir de estandarte conceptual detrás del cual se encolumnan hoy los apoyos y los rechazos.⁸ La categoría del *género* ilustra de

manera espectacular la función determinante del *significante* en el espacio del saber, es decir el hecho de que una noción solo se torna heurística – herramienta decisiva de comprensión– cuando se aparta de la cadena de las palabras, del flujo lexical que acarrearán las lenguas, y adopta la función de un sello. La noción accede a un sentido que supera con mucho la significación que se le atribuía hasta el momento, a tal punto que se la fetichiza, se la convierte en contraseña, objeto de una fascinación colectiva, palabra talismánica.

Algunos años después de Barthes, también Lacan da con la palabra “género” y, además, en su forma original, *gender* –término al que hace alusión en una clase de su seminario *De un discurso que no fuera del semblante*, el 20 de enero de 1971–, por la vía del psiquiatra norteamericano Robert J. Stoller (1924-1991), autor de un libro de título emblemático, *Sex and Gender*, publicado en 1968² y dedicado al transexualismo. Lacan lo elogia por la descripción de los casos de perturbación de la identidad sexual, pero le reprocha no pensar esta cuestión por medio de la noción de *forclusión*, la del Nombre-del-Padre, y por lo tanto de la psicosis. Lo sorprendente es, entonces, ver a Lacan utilizar la expresión “identidad de género”,¹⁰ pero sin hacer nada con ella, sin interesarse en la oposición sumamente esclarecedora que tiene ante la vista (*sex/gender*) como paradigma que designa un hecho antropológico fundamental que obsesiona a la humanidad desde sus orígenes, a saber, la diversidad entre los atributos anatómicos, las marcas morfológicas principales o secundarias del sexo y las identificaciones simbólicas equívocas, contradictorias de los ritos sociales. Esta indiferencia de Lacan respecto de la función de la palabra *género*, que no compromete en nada, empero, la extrema audacia de que dará testimonio sobre esa cuestión, permite a cambio percibir la potencia de especificación del significante en el espacio de la teoría, por poco que lo exprese un sujeto y lo entienda como tal una comunidad. Hay que señalar entonces que Lacan no siguió en esta oportunidad su propia máxima: “Es que, ante una nueva verdad, no podemos conformarnos con darle su lugar, puesto que de lo que se trata es de tomar nuestro lugar en ella”.¹¹ Si bien Lacan y Barthes dieron su lugar a la noción de *género*, es indudable que no tomaron su lugar en ella.

Aunque los trabajos de Stoller estén en disidencia con Freud, se mantienen no obstante en una perspectiva clásica donde la ausencia de padre puede llevar a un muchacho a feminizarse, y establecen simplemente

la plasticidad extrema de las identidades sexuales. En ese aspecto, Stoller tampoco es butleriano. Y como señala con ironía una de las pioneras de la cuestión, Esther Newton: “*Despite his title, Stoller’s subject is not gender*”.¹² A su juicio, Stoller no es más que un “liberal”, ajeno al construccionismo social (*social constructionism*) que ella reivindica para sí misma. Se advierte, en todo caso, que el significante *género* ha tenido muchos usos que lo prefiguraron. Por ejemplo, antes de Stoller y Esther Newton, John Money, que lo introdujo en su tesis sobre el hermafroditismo en 1952, y que es sin duda el primero en hablar de *gender role* (papel de género) y sustituir la noción de preferencia sexual por la de orientación sexual (*sexual orientation*).¹³

Más allá de lo que el pensamiento de lo Neutro y la teoría del género puedan compartir, debemos prestar mayor atención a lo que destruye las herencias y las filiaciones, a lo que deshace toda lectura *patriarcal* del pensamiento –esas paternidades, esos parentescos, esas herencias ficticias–, y abandonar las síntesis demasiado apresuradas. Así, si bien el pensamiento de lo Neutro (Barthes, Blanchot, Deleuze, Derrida) tuvo por material esencial el poder transgresor de la literatura –lugar acaso fundamental para la posibilidad misma de pensar el género–, y la teoría del género se desarrolló mucho en el campo de los estudios literarios en los Estados Unidos, nos parece, más allá de esa aparente proximidad, que hay que ser más sensible a la distancia que Butler aparenta con respecto al campo literario como *campo estético*.¹⁴ Distancia a la que precedieron la posición de alejamiento radical adoptada por Michel Foucault a comienzos de la década de 1970 o el reproche que Gayle Rubin, por ejemplo, le hace a Deleuze por haber creído en la posibilidad de pensar el masoquismo sobre la base de una novela, *La Venus de las pieles*.¹⁵ Es sabido que la literatura y las artes no disfrutaban de ningún aprecio en el movimiento LGBT o *queer*, porque se las considera elitistas, obras, en su mayor parte, de hombres blancos de buena posición económica y que suscriben, incluso en sus transgresiones, el discurso de la dominación. Falta de aprecio que explica la violencia de la que hoy es objeto la figura del artista, ya se llame Antonioni, Mapplethorpe o Balthus, en la medida en que la estetización de las desviaciones, al igual que “el enfoque libertario del sexo olvida[n] los efectos de dominación [y] lleva[n] casi mecánicamente a la defensa de los dominantes”.¹⁶

Judith Butler pone además en evidencia la ambigüedad de su propio proceder, visto como europeo en los Estados Unidos y como americano en

Europa. Pero hay algo aún más significativo, porque Butler designa con claridad la *French theory*, en la que *El género en disputa* tiene sus raíces, como un espacio de pensamiento que de francés solo tiene el nombre y es, en realidad, “una curiosa construcción americana [*a curious American construction*]”,¹⁷ confesión irónica de una suerte de *hold-up* donde la aparente conquista de los campus americanos, de la que ciertos pensadores franceses pudieron enorgullecerse ingenuamente, se asemeja a todas las conquistas: un suicidio mediatizado en el que el conquistador se convierte en el conquistado, como el “ladrón robado” del que habla Hegel con tanta profundidad en referencia al intelectual y sus artimañas en *La fenomenología del espíritu*.¹⁸ Butler destaca con crueldad ese juego circular en su prefacio de 1999, en un momento en que su libro todavía no se ha traducido en Francia, aunque ya ha conquistado Europa: “Se publicará en Francia –si finalmente se publica– mucho más tarde que en otros países. Lo digo para subrayar hasta qué punto el aparente francocentrismo del libro lo pone a significativa distancia [*significant distance*] de Francia y de la vida de la teoría en Francia [*from the life of theory in France*]”.¹⁹ Esta rivalidad francoamericana se afirma y se enmascara a la vez en la obra de Butler, y tendremos que evaluar su importancia política, cultural y teórica, y hacer otro tanto por el lado de los Modernos. Y a lo largo de todo el libro habrá entre líneas una interrogación permanente sobre el estatus *teórico* de la “teoría del género”, por ejemplo en Gayle Rubin,²⁰ que se niega habitualmente a atribuir a sus trabajos el título de “teoría” y prefiere hablar de estudios (*studies*): *gender studies*, jalón de una lista interminable de *studies*, desde los *porn studies* hasta los *disability studies*. Derrida marcó con acierto que, en los campus de los Estados Unidos, el término *theory* designa “un artefacto puramente americano” cuya pluralización (*studies*) señala también una “estrategia del *free market* y el pluralismo liberal”:²¹ nada que ver, pues, con la *teoría*, palabra fetiche de los Modernos. Pese a la pluralidad de las formas, estos no dejaron de referirse, de Althusser a Lacan, a una ambición propiamente teórica tomada, con y a pesar de Marx o Freud, de la gran tradición que, de Descartes a Husserl, llevó en Europa la idea especulativa a su más alto grado: la idea de una actitud humana específica en tanto que ella dirige sobre el mundo una mirada teórica que es simultáneamente una estilística de la vida, para retomar la expresión de Foucault.²²

Formalismo/sociologismo/romanticismo

La verdadera aparición de los *gender* en el campo del pensamiento se produce entre fines de la década de 1980 y comienzo de la década siguiente, y su despliegue tiene lugar durante ese decenio que cierra el reino de la Modernidad francesa en medio de confusos pases de testigo cuyos relevos más o menos voluntarios pudieron ser Michel Foucault, Jacques Derrida o Pierre Bourdieu. El punto de diferenciación más significativo corresponde a la severa crítica del *formalismo* de los Modernos. La teoría del género no es un formalismo; por su parte, el pensamiento de lo Neutro encontró en el formalismo estructural, al contrario, un lenguaje que logró sacarlo de la suerte de bruma metafísica que había sido su espacio de origen entre mediados y fines de la década de 1940 y comienzos de la de 1950: Camus, el primer Blanchot, Bataille, Beckett... Más allá del pensamiento de lo Neutro, que ella ignora, Butler dirige ese reproche a lo que llama el “posestructuralismo”: “En muchos aspectos, el posestructuralismo se muestra como un formalismo que se desinteresa del contexto social y de todo objetivo político”.²³ Esta crítica adoptó a veces formas injustas, por ejemplo cuando atribuye a los “estructuralistas” la responsabilidad por la resistencia al matrimonio para todos e incluso respecto del mestizaje,²⁴ violencia puramente polémica, porque la propia Butler se había pronunciado con anterioridad contra el *matrimonio gay*, aunque, es verdad, en otro plano, al considerar que quienes lo defendían también proponían “una norma que amenaza tornar ilegítimos y abyectos [*illegitimate and abject*] los ordenamientos sexuales que no se ajusten a la norma del matrimonio bajo su forma existente o revisada”.²⁵ Butler elaborará una crítica en regla del matrimonio gay y lesbiano, en la que pondrá de relieve que la ampliación a las minorías de instituciones como el matrimonio no pueden sino reforzar estas últimas, extender el control del Estado sobre “la regulación del comportamiento sexual de los hombres” y empujar a quienes han obtenido la bendición estatal a identificarse con el propio Estado,²⁶ y su crítica del matrimonio para todos se inscribe en el núcleo doctrinal de la teoría del género al afirmar que no es necesario “ocupar la norma dominante para producir una subversión interna de sus términos [*occupy the dominant norm in order to produce internal subversion of its terms*]”.²⁷

En realidad, el antiformalismo de los *gender* no tiene nada de anecdótico. Es una crítica ya presente en las décadas de 1950 y 1960, que se reconecta por tanto con la recriminación original hecha a la Modernidad. Esta reprobación de los Modernos –entendamos con ello la generación que participó de cerca o de lejos en el periplo estructural y posestructural– es de principio a fin un rasgo propio de la historia de estos: un reproche surgido tanto de la *intelligentsia* comunista estalinista o posestalinista como de la esfera sartriana de ese período. Esa crítica ya asociaba el formalismo a un pensamiento conservador, alimentado por las polémicas de la época hasta las ofensivas antiestructuralistas revitalizadas de manera sintomática en Mayo del '68, y cuya ilustración más célebre fue el eslogan citado con tanta frecuencia: “las estructuras no salen a la calle”.²⁸ Además, el ejemplo de Claude Lévi-Strauss, verdadero inventor de la revolución estructural en Francia, que, a la vez que ponía sus primeros trabajos bajo la influencia de Marx y Rousseau, fue un reaccionario ejemplar, como bien lo señaló Butler,²⁹ podría convalidar las recriminaciones de esta. Al menos en apariencia, porque ¿no consistió todo el genio de los Modernos en lograr reconfigurar un paradigma potencialmente conservador, como el de “estructura”, para hacer de él una considerable empresa de subversión?

Por su parte, Judith Butler matizó a veces su crítica al formalismo moderno, salvándolo parcialmente del callejón sin salida histórico al que había podido llevarlo su déficit político. Y lo hizo con la ayuda de una repolitización por medio de los *cultural studies* o los estudios poscoloniales, a través de su *traducción cultural* (*cultural translation*)³⁰ que se liberaba de la *French theory*. La crítica del formalismo de la Modernidad cobra mayor virulencia cuando la retoma el discurso *queer* francés, menos conciliador que el de Butler y más al tanto de los detalles de la microhistoria de Francia, como sucede, por ejemplo, con las intervenciones de Sam (Marie-Hélène) Bourcier.³¹ Sus observaciones representan una violenta e interesante empresa de deconstrucción de la Modernidad francesa, asimilada a un discurso elitista, estetizante y que vehicula, por la vía de Lacan, Barthes o Deleuze, topos *románticos*, machistas y esencializantes.³² La violencia de las palabras de Bourcier aclara no pocas cosas y saca a la luz la oposición masiva entre los Modernos y los *gender*, aun cuando sea al precio de simplificaciones apresuradas, por ejemplo en su valorización demasiado restrictivamente militante de las “culturas subordinadas”,³³ incluidas las de las revistas

femeninas o destinadas a adolescentes,³⁴ lo cual significa olvidar que en el centro de la empresa semiológica estaba la constitución, en los años sesenta, del concepto de cultura de masas en detrimento, justamente, de lo que se conviene en llamar cultura elitista.³⁵

Hay algo irónicamente paradójico, a primera vista, en el hecho de que la aventura estructuralista en la cual participaron –cada uno a su manera– Deleuze, Lacan, Barthes, Althusser y el primer Foucault, haya sido un “romanticismo”. Uno de los desafíos de este libro será, en todo caso, interrogar esta acusación de “romanticismo” que aun el último Foucault sufrirá de manera póstuma a manos de Judith Butler: “En realidad, [Michel Foucault] parece tener una visión romántica de su mundo [el de la hermafrodita Herculine Barbin]”, escribe, y habla incluso de “la apropiación romántica” del texto de la hermafrodita por parte de Foucault.³⁶ Pero también Lacan cae bajo la acusación de romanticismo debido a la importancia dada a la función de lo simbólico y la Ley, en una dimensión que coincide con una forma de imposible: “Pero en el relato lacaniano parece haber sin duda un embellecimiento *romántico* y hasta una idealización religiosa del ‘fracaso’, la humildad y la limitación *ante* la Ley, que torna ideológicamente sospechoso ese relato”.³⁷

Habrà que comprender entonces lo que oculta y designa ese apelativo “infamante”, y de qué es sinónimo: ¿un nihilismo europeo, simplemente? A menos que esta cuestión del “romanticismo” francés proyectada por Butler en los teóricos franceses sea una obsesión americana, como lo atestiguan tantos escritos de intelectuales americanos, por ejemplo *Qu'est-ce que la philosophie américaine?*, de Stanley Cavell, donde la palabra reaparece una y otra vez como una clave histórica o un fruto prohibido. El carácter recurrente, oblicuo y totalizador del estigma designa a las claras lo que hemos empezado a esbozar, a saber, la violencia de la alteridad cultural.

Neutro y “neutral”

Para ilustrar de manera bien concreta ese diferendo, señalaremos que si lo “neutro” (lo *neutral*) está presente en el léxico *queer*, tiene un lugar muy distinto que en el pensamiento de lo Neutro. En este último, la oposición masculino/femenino queda suspendida por lo Neutro, y este interviene como un tercer término que es, por lo tanto, un *operador*. Lo Neutro es lo

que abre, dentro de una estructura binaria, un espacio suplementario por donde anular la oposición que la constituye, por ejemplo la de lo masculino y lo femenino, es decir la diferencia sexual. En los *gender*, se rechaza la binariedad masculino/femenino sobre la base de una proliferación en principio sin límites de las posibilidades de géneros, en la cual lo “neutral” no es sino un caso entre otros. El término *neutral* solo aparece como una adición al torrente de asignaciones a las que ese discurso es muy aficionado, empezando por la serie LGBTQI... (lesbiana, gay, bisexual, trans, *queer*, intersexo...): el género “neutral” se agrega a los otros y realiza de ese modo el programa de extensión máxima del “espectro de los géneros [*gender spectrum*]”,³⁸ de recusación de los límites y los buenos usos del género,³⁹ de apertura del campo de los posibles en materia de género.⁴⁰ Lo *neutral* es un término que, como los demás, aumenta las multiplicidades y permite a lo excluido por la norma heterosexual acceder a una visibilidad, un nombre y una legitimidad.⁴¹ Esta ampliación del espectro de los géneros da acceso a una deconstrucción global de las identidades sexuadas, que crecen de manera exponencial a partir de nuevas dinámicas, aleatorias y abiertas, salidas de los cuerpos y sus prácticas. Pero, a pesar de ello, lo *neutral* no hace entonces más que sumarse por su primera letra, la “N”, a la serie LGBTQI... En la mayor parte de los cuestionamientos de las normas sexuadas que organizan la vida social, ya sea para la distribución generizada del uso de los baños públicos o en el plano del estado civil, se trata de agregar una tercera (y a veces una cuarta, una quinta) denominación (*unisex*, *all-gender*, *gender neutral*, *questioning*, *asexual*, *pansexual*) a las categorías existentes.

Para lo Neutro, el sentido –es decir, de hecho, el *sentido común*– tiene su origen en las oposiciones lingüísticas de tipo binario, de las que la oposición masculino/femenino es una ilustración ejemplar, y es en el lenguaje y del lenguaje mismo como el pensamiento de lo Neutro apunta entonces a obtener un fuera del sentido, una exención del sentido (Barthes) u otra lógica del sentido (Deleuze), un desobramiento (Blanchot), una *diferancia* (Derrida): una forma de vida, completamente a la inversa de la proliferación verbal que agita al discurso LGBT. Lo Neutro permite alcanzar una especie de *silencio del género*. Es, por lo tanto, el grado cero del sentido donde un signo –el signo neutro– marca una ausencia, una falta esencial, una *carencia*, al definirse como siendo *ni* masculino *ni* femenino, ni uno ni otro, *neuter*, conforme a su etimología latina. Esta es la oportunidad de señalar que, sean

cuales fueren sus relaciones ambiguas con el estructuralismo, todos los Modernos interiorizaron en un momento decisivo la estructura binaria del signo lingüístico, pero se impusieron el agregado de la distancia, el suplemento que tiene la posibilidad de un vacío que altere la binariedad: es el “grado cero” que Barthes tomó del lingüista danés Viggo Brøndal, y es el significante flotante descubierto un poco más adelante por Deleuze y Derrida en Claude Lévi-Strauss.

Así, al contrario de lo *neutral*, lo Neutro no puede sumarse a otros particularismos como una minoría se suma a otras, porque elimina todos y todas. De tal modo, el activismo nominativo de los LGBT contrasta violentamente con el silencio de lo Neutro según intentaron inventarlo en una suerte de utopía política y especulativa Maurice Blanchot, Roland Barthes o Gilles Deleuze. Como explica este último, se trata de llegar a formas de expresión “casi imposibles”, como la negación –negación perversa–, la suspensión del sentido (la *epojè*), la palabra del tartamudo, el gesto del zurdo, una forma de afasia, una suerte de punto cero de la expresión,⁴² una suspensión de “la estructura atributiva del lenguaje”.⁴³ Nunca se trata de aspirar a una ampliación del paradigma masculino/femenino mediante la proliferación de nombres, sino de acceder precisamente a la ausencia de la nominación⁴⁴ y en cierto modo a un *innombrable*. Todo el esfuerzo de lo Neutro consiste en eliminar la barra que separa y opone lo masculino y lo femenino, suspender el “trazo separador”.⁴⁵

El papel estructural de lo Neutro, que desbarata la dualidad paradigmática situada en el centro del lenguaje, no es solo barthesiano, como puede inducirlo a pensar la fórmula del “grado cero”. Es igualmente deleuziano, como se deja ver en *Lógica del sentido*,⁴⁶ o blanchotiano e incluso derridiano. Se advierte con ello la amplitud del proyecto de deconstrucción que el formalismo está en condiciones de desplegar a través de una herramienta como la estructura y el orden simbólico fundado por esta, en oposición al sociologismo que impregna la teoría del género.

Sin embargo, con Butler el concepto de *género* no es una noción simplemente pragmática, sino también una categoría dialéctica. El género no reemplaza a la noción de *sexo* como su simple sustituto –lo social que toma el relevo de lo biológico–, puesto que, si así fuera, no modificaría en absoluto el funcionamiento normativo de la sociedad y de las asignaciones identitarias. El *género* se inscribe en una dinámica singular porque, aunque